

## El campesino andino y la globalización a fines de siglo (una mirada sobre el caso ecuatoriano)

*Luciano Martínez*

A principios de este nuevo milenio, la presencia del campesinado en los países andinos pudiera parecer un anacronismo histórico. De hecho esta ‘clase incómoda’ como la denominaba Shanin (1983) refiriéndose al campesinado ruso, causa muchos quebraderos de cabeza sobre todo por su continuidad y su resistencia a las peores condiciones y crisis de la sociedad global. A pesar de la disminución numérica de los campesinos en los espacios rurales,<sup>1</sup> todavía no pueden ser considerados ‘strictu sensu’ como ‘sobrevivientes’ al estilo de los campesinos europeos actuales (Berger 1990); al contrario, se trata de productores rurales que si bien es cierto han cambiado mucho en estas dos últimas décadas, su presencia económica, cultural y política es significativa en los países andinos.<sup>2</sup>

Desde el punto de vista sociológico me interesa resaltar la orientación del cambio y desde esta óptica entender lo que pasa en la actual sociedad rural de los Andes del norte. Esta tarea es urgente para escapar de las posiciones culturalistas que tanto afectan a las ciencias sociales hoy día (Petras y Veltmeyer 2003), al eliminar la relación de los actores colectivos con la estructura o con el ‘campo social’ específico en que se inscriben los productores en el medio rural (Bourdieu 2000).

Existe siempre la tentación de inscribirse en la perspectiva globalizante, para desde allí mirar y explicar el atraso, la pobreza y los síntomas de la decadencia económica. Esta cómoda posición, justificaría lo injustificable, pues el rumbo actual del capitalismo global sin considerar el alto costo social por el que supuestamente hay que pasar, aseguraría las promesas de una sociedad futura de la abundancia-mercado. Esta visión casi siempre termina por mostrar la inviabilidad de los productores rurales frente a las demandas del mercado mundial, hoy por hoy, erigido en el único paradigma del ‘qué hacer’ en materia de desarrollo, una manifestación del denominado ‘imperialismo económico en las ciencias sociales’ (Bourdieu 2000).

La otra alternativa es abordar el problema desde la perspectiva local, más cercana a la realidad de los productores, pero que igualmente conlleva el peligro de la idealización del mundo campesino a partir de una reflexión ‘micro’ con frecuencia desvinculada de la dinámica económica regional-nacional e internacional. De hecho, gran parte de la reciente y prolífica producción sobre temas como el desarrollo local o la descentralización se inscribe en esta perspectiva, centrándose en temas importantes como el poder y la democracia local pero descuidando los problemas estructurales de la sociedad rural. Así, la perspectiva micro descontextualizada también genera expectativas frustrantes, especialmente cuando la población pobre no logra salir de su estado de atraso a pesar de los importantes avances en cuanto a organización y participación a nivel local, tal como parece ser la situación de la mayoría de los municipios en manos de indígenas en el caso ecuatoriano (Cameron 2001).

En este trabajo, trataremos de conducirnos en este último carril, aunque sin

olvidar el peso que tienen las variables macro económicas en las decisiones de los pequeños productores rurales. En el caso ecuatoriano, además, hay que considerar dos dimensiones de tipo geográfico-regional que inciden en la vida de los habitantes rurales: la cercanía del campo a la ciudad y la estrecha vinculación económica y social entre lo urbano y lo rural. Estos procesos han sido caracterizados en recientes estudios como pertenecientes a la 'nueva ruralidad', pero en realidad son de vieja data y al menos en algunas áreas de la sierra ecuatoriana ya estaban presentes desde principios del siglo pasado (Martínez 1994). Lo realmente nuevo es, en cambio, la utilización flexible de estos espacios por parte de los 'rurales' que inclusive se atreven a ir más allá de lo urbano-nacional a través de la migración fuera de las fronteras del estado nación.

Nuestra hipótesis de partida es que el campesino andino ha experimentado cambios importantes en los niveles económico-social y cultural como efecto de su cada vez mayor inserción en la economía mundial y la aplicación de las políticas de ajuste a partir de los años 80. Estos cambios obedecen a la rigidez de la estructura agraria nacional que se manifiesta en la minifundización de la propiedad, o lo que es lo mismo, la pérdida progresiva del recurso tierra, y por otro lado, a un proceso de desestructuración social, factor interno que se manifiesta en la crisis de las relaciones solidarias o de reciprocidad. Además, a través de la migración internacional, la mano de obra anteriormente vinculada a la economía local y/o nacional ha empezado a valorizarse en los espacios económicos de las sociedades del capitalismo avanzado, un fenómeno poco estudiado pero que adquiere peso en algunas áreas donde hasta hace poco se pensaba que se había logrado el milagro del desarrollo rural. No hay una relación de causa-efecto en el planteamiento de estos problemas, más bien sirven como punto de entrada en la problemática de los cambios de diversa índole que afectan a los productores, a las familias y a las comunidades, por lo mismo a la sociedad rural. Los cambios a nivel local tienen ahora una repercusión que no se limitan al espacio productivo regional-nacional sino que se manifiestan en el mercado mundial.

La globalización entendida en este artículo como un proceso en el que se impone el mercado y por su intermedio una visión de mundo y unas prácticas culturales y políticas que corresponden al capitalismo finisecular, afecta a las sociedades campesinas, desgarrando lo local, lo inmediato, las prácticas de reproducción tradicionales de las familias, para dar paso o vía libre a procesos que ya no pueden ser controlados desde dentro (proletarización, migración, descampesinización) y que muestran el 'dark side' de este fenómeno.

### **La pérdida progresiva del recurso tierra**

En dos generaciones a partir de la reforma agraria de 1964, los pequeños campesinos ecuatorianos se han quedado prácticamente sin tierra. Si tomamos el caso de los productores con menos de una hectárea que según datos del último censo agropecuario, representan el 29.5 por ciento de los productores, sólo tienen en promedio 0.38 hectáreas. Si consideramos al conjunto de los productores de menos de 5 hectáreas, la situación no varía mucho: el 63.5 por ciento de los productores dispondrían de apenas 1.4 hectáreas, una cantidad de tierra irrisoria para poder 'levantar el edificio campesino' en base únicamente a las actividades agropecuarias. Este sólo dato, basta para mostrar cómo el edificio campesino se derrumba por su base, debido a la escasez de tierra.

**Cuadro 1:** Ecuador, tamaño promedio de las UPA menores a 5 hectáreas (en hectáreas)

<b>Estratos menores de 5 hectáreas</b>	<b>1954</b>	<b>1974</b>	<b>2000</b>
Menos de 1	0.49	0.47	0.39
1 a menos de 2		1.33	1.32
De 2 a menos de 3		2.3	2.3
De 3 a menos de 5	1.9	3.8	3.7
Total de menos de 5 hectáreas	1.4	1.6	1.4

Fuente: Censos Agropecuarios, 1954, 1974, 2001.

Estos datos agregados a nivel nacional muestran claramente que las propiedades menores a las 5 hectáreas (a excepción de 1974 en que aumenta ligeramente el tamaño promedio por efecto de la legislación reformista sobre todo de 1973), no han cambiado su situación en cuanto a la disponibilidad de tierra desde mitad del siglo pasado. El minifundio, entonces, es un fenómeno estructural de la tenencia de la tierra que afecta al mismo futuro de la economía campesina en especial de la región andina (sierra).

¿Cuáles son los factores que explicarían esta situación? De entre los múltiples factores que inciden en la permanencia histórica del minifundio, me interesa rescatar en este trabajo únicamente dos de ellos: uno interno (la herencia bilateral) y otro externo (los efectos de la Ley de Desarrollo Agropecuario de 1994). El primero se refiere a la práctica de la ‘herencia bilateral’ entre los campesinos andinos, lo que significa que todos los hijos (hombres y mujeres) heredan la tierra en proporciones similares. Este fenómeno ha sido hasta ahora poco estudiado y las aproximaciones muestran que en una o dos generaciones, las familias se quedan sin recursos debido a que heredan lotes cada vez más pequeños.<sup>3</sup> Hay situaciones extremas como en la provincia de Chimborazo, espacio indígena *par excellence*, en donde existe un verdadero proceso de ‘pulverización’ de la propiedad. Así por ejemplo, en la parroquia de Licto, el 47.2 por ciento de las familias disponían de lotes de menos de 3.000 metros, lo que imposibilitaba el aprovechamiento de las obras de riego dada la dispersión y la poca extensión de las parcelas. La supuesta ventaja andina de disponer de lotes dispersos de poca cabida, no se compadece con el hecho de que al escasear la mano de obra por la migración, la mayoría de ellos no son utilizados. Además, el regadío sólo beneficia a las parcelas más cercanas a los canales, mientras otras no pueden ser aprovechadas o por estar más alejadas o por no disponer de mano de obra (Vega 2002). Así pues, repartir la tierra entre todos los herederos sin distinción de género es una práctica de un sorprendente ‘igualitarismo agrario’ en el mundo andino, pero que conduce fatalmente a un progresivo empobrecimiento de las familias a lo largo del tiempo.

En las áreas indígenas, se podría esperar que la comunidad amortigüe este proceso al dotar de tierra a las familias, pero tal como sucede en la sierra ecuatoriana, existe muy poca tierra comunal disponible y la mayor parte de ella se encuentra ya en posesión de numerosas familias que han presionado desde hace por lo menos un siglo por el acceso a las tierras de páramo en las partes más altas (Martínez 2002a). Así pues existen limitaciones estructurales reales en el acceso a la tierra para los campesinos andinos y mientras no se modifique el actual patrón de herencia, el minifundio siempre estará rondando el futuro de las familias. Con 0.38 de hectárea, un 30 por ciento de las familias rurales queda fuera de cualquier proyecto de desarrollo basado en actividades agropecuarias, pero a pesar de ello, como ya lo hemos señalado en otros trabajos, se insiste en las propuestas agraristas como alternativa

para estos campesinos pobres.<sup>4</sup> Baste indicar que este fue el eje en torno al cual se diseñaron los 12 proyectos del Programa Nacional de Desarrollo Rural (PRONADER) durante la década de los 90 que supuestamente pretendían mejorar las condiciones de vida de los campesinos pobres (Martínez 2003a).

El segundo factor se refiere al fracaso de las recetas neoliberales incluidas en la Ley de Desarrollo Agropecuario (LDA) de 1994.<sup>5</sup> Esta ley que sintetiza la contrarreforma agraria del siglo XX, plantea que la solución al problema de la tierra debe canalizarse a través del mercado de tierras. Si las grandes empresas poseen mucha tierra, hay que crear las condiciones para que pueda ser vendida a quienes menos poseen, es decir a los campesinos con poca o nula tierra, de allí la importancia de este nuevo marco legal. La realidad después de 10 años muestra que la concentración de la tierra continúa y no se ha producido ninguna redistribución importante 'vía mercado'.<sup>6</sup> Al contrario la escasez de tierra entre los campesinos minifundistas se ha agravado, mientras que la estructura agraria se ha polarizado en una forma 'bimodal' (Kay 1995). Creer en el funcionamiento del mercado de tierras como el mejor asignador de este recurso es desconocer la influencia de las variables políticas y el peso del capital económico en mano de los empresarios, lo que margina completamente a los campesinos. El mercado y especialmente el de tierras es el producto de una construcción social y responde no sólo a las leyes de la oferta y demanda sino a la posición diferente que ocupan las clases sociales en el específico 'campo' rural y a la lucha que despliegan por conservar los niveles de acumulación de diversos tipos de capital (económico, social, simbólico).

Algunos indicadores confirman esta tendencia: el índice de Gini en 1974 era de 0.85, en el 2001 llegó al 0.80, uno de los más altos de América Latina. La contrarreforma agraria tuvo efectos positivos para los grandes empresarios y negativos para los campesinos pobres, sobre todo para las comunidades indígenas. Actualmente, gracias a la LDA, al interno de ellas también funciona el mercado de tierras, lo que significa que las tierras comunales pueden venderse al mejor postor en función de la demanda, aunque para ello se requiera la aprobación de las dos terceras partes de los miembros de una comunidad. En este caso, el caparazón comunitario, esta 'concha protectora' (Tepicht 1984) que había protegido a las familias indígenas desde 1937, cuando se expidió la Ley de Comunas, no es en la actualidad un mayor obstáculo para impedir la privatización de tierras comunales. Si a esta situación sumamos el hecho de que las tierras en manos de campesinos no son las de mejor calidad y que debido a la alta presión demográfica las parcelas se encuentran sometidas a cultivos intensivos y pierden rápidamente su fertilidad, el futuro agrario de estos suelos está muy comprometido, así como el de las familias que se encuentran en el umbral del mundo campesino.

En resumen, la contrarreforma agraria, que no es sino un corolario de la implementación de las políticas de ajuste desde 1980, ha consolidado una estructura agraria caracterizada por una alta concentración de la tierra que deja poco espacio para la economía campesina. Esta se encuentra arrinconada en espacios productivos degradados, con pocas oportunidades de ser beneficiarios de los milagros ofrecidos por el mercado mundial. De este modo, en el medio rural andino se ha ido conformando una sociedad rural donde existe realmente un excedente de mano de obra que presiona por recursos escasos y de mala calidad. La no-solución al problema de la tierra en los años 60 se ha acumulado peligrosamente y se manifiesta en la generalización de la pobreza rural que sigue creciendo a pesar de todas las buenas intenciones de la cooperación internacional, de la banca multilateral y de

los programas sociales que apuntan a su mitigación.

Uno de los corolarios de este fenómeno es la progresiva pérdida de la seguridad alimentaria. La argumentación de que los campesinos pequeños son los principales abastecedores de productos básicos de la canasta popular y por lo mismo aseguran la alimentación de los ecuatorianos es otro de los mitos rurales que es necesario revisar. Hacia los años 80 muchos autores sostenían que los campesinos producían entre el 70 y el 80 por ciento de estos alimentos. De ahí que una política de seguridad alimentaria dependía del apoyo del Estado hacia estos estratos de campesinos. Actualmente con la amenaza de la globalización de los mercados y la entrada en escena del fantasma del ALCA, nuevamente estos argumentos se han puesto de moda y con mucha razón. La mayoría de los productos tradicionales se destinan al mercado en proporciones que van del 70 al 90 por ciento, mientras que ha disminuido considerablemente el porcentaje destinado al autoconsumo. Así por ejemplo, el autoconsumo de productos tradicionales andinos como la papa es de 16.5 por ciento, maíz suave (choclo) 8.6 por ciento, fréjol tierno (3.5 por ciento), habas tiernas (7.1 por ciento), la única excepción es la cebada con el 16.5 por ciento. Igualmente, mientras los cultivos transitorios han bajado desde un 15 por ciento en 1954 al 9.7 por ciento en el 2001, en el mismo período, los pastos cultivados subieron desde el 8.7 por ciento al 26.5 por ciento (SICA 2001).

### **La crisis de las relaciones solidarias**

La vigencia de las relaciones de reciprocidad y solidaridad en el mundo andino siempre ha sido considerada como un puntal sólido del edificio campesino. El comunitarismo andino ha sido visto como una práctica de resistencia frente al individualismo capitalista de las sociedades occidentales. Sin embargo, esta visión no está sustentada por la realidad, pues la práctica de las comunidades y dentro de ellas de las familias apunta a una lenta pero progresiva desestructuración de las relaciones solidarias.<sup>7</sup>

En el caso ecuatoriano, recientes estudios demuestran la poca vigencia de las relaciones de reciprocidad e incluso la crisis de instituciones básicas del mundo rural como la minga (Martínez 2002a). Las nuevas condiciones económicas en que se desenvuelven las comunidades y familias han erosionado poco a poco estas relaciones hasta tal grado en que predominan los intereses familiares sobre los comunales. Si bien este es un tema polémico que no puede ser abordado en profundidad en este trabajo, me limitaré a señalar al menos dos tendencias en las cuales se puede constatar la crisis de las relaciones tradicionales.

#### *a) La pérdida de centralidad de la agricultura como actividad principal*

Poco a poco, la agricultura ha perdido importancia como la principal fuente de obtención de ingresos de las familias comuneras. Con la poca cantidad de tierra disponible, las familias han debido diversificar sus actividades para sobrevivir. La migración, el trabajo doméstico, el comercio, la artesanía, son algunas de las estrategias más generalizadas que utilizan los miembros familiares. La agricultura en las actuales condiciones no puede generar empleo para todos los miembros familiares en edad de trabajar. Según los datos del último censo agropecuario, para el 58 por ciento de los productores rurales que tenían parcelas menores de 1 hectárea, la principal fuente de ingresos provenía de actividades no agropecuarias. De los in-

gresos no agropecuarios de este estrato de productores, el 36.7 por ciento provenía de los servicios, el 17.9 por ciento del comercio y el 3.8 por ciento de la industria (SICA, 2001). Si bien estos datos sólo muestran la importancia del ingreso no agrícola para el titular de la explotación agraria, de hecho, el peso de este ingreso es mayor si consideramos el ingreso familiar total.<sup>8</sup>

Ahora bien, es en torno a las actividades agrícolas que anteriormente se podía construir el entramado de las relaciones solidarias o de reciprocidad. Pero si éstas entran en crisis, ¿sobre qué bases se pueden tejer esas relaciones? El prestamano, por ejemplo, no puede concretizarse si en la otra familia existen únicamente migrantes. ¿Para qué intercambiar productos si la otra familia no cultiva? Pero inclusive cuando se ha tenido éxito en algunas áreas campesinas en el desarrollo de cultivos mercantiles gracias al riego, la estrategia se torna más familiar y menos cooperativa, dadas las características técnicas del manejo de nuevos cultivos.<sup>9</sup> Este es el caso por ejemplo de los cultivos de invernadero que por sus mismas condiciones no necesitan mucha mano de obra y por otro lado requieren de mucha atención especializada que no cualquier comunero puede hacerlo.<sup>10</sup>

Así pues, la pluriactividad necesariamente engendra estrategias más familiares e individuales. Dentro de una misma familia se puede encontrar miembros con ocupaciones muy diferentes que impiden una articulación de la fuerza de trabajo en torno a una sola estrategia productiva. La figura de productores rurales con varias actividades es más real que la de campesinos dedicados únicamente a la actividad agropecuaria. Si el vínculo con la tierra es lo que caracteriza al campesino, efectivamente en los Andes del norte, hay un proceso de ‘descampesinización’ real aunque permanezcan las apariencias de una fuerte cultura campesina e incluso indígena, lo que da pie para cuestionar el tradicional concepto de campesinado (Kearney 1996).

De esta forma, los cambios registrados en la mano de obra rural y el desplazamiento de la agricultura como ocupación principal de los productores rurales, dificultan la práctica de las relaciones solidarias y de reciprocidad, en tanto cimiento de la construcción de un capital social genuino en el medio rural. El crecimiento experimentado en las dos últimas décadas por las organizaciones de segundo grado (OSG) en el caso ecuatoriano, estaría más relacionado con las necesidades de conformación de una arquitectura institucional para el desarrollo impulsada desde fuera antes que con la ‘acumulación desde abajo’ de los componentes básicos del capital social.<sup>11</sup> En este sentido, las visiones optimistas sobre las bondades del ‘capital social’ en el medio rural y el apoyo recibido por parte de organismos como el Banco Mundial se relacionan más con la urgencia de impulsar proyectos pequeños de desarrollo en un medio donde crece el descontento social (Martínez 2002b, 2003b). Es en esta perspectiva que hay que hacer un balance más objetivo sobre el nuevo andamiaje institucional que se ha creado en el campo vinculado más a propuestas étnicas que a las reales condiciones socio-económicas en que se encuentran inmersos los productores. La crisis por la que atraviesan instituciones tradicionales como el ‘cabildo’ es un indicador clave que explica la articulación de los productores en nuevas actividades dentro y fuera del espacio comunal e incluso fuera del contexto nacional.

*b) El proceso de proletarización de comuneros en zonas de fuerte influencia capitalista*

Este es el caso de las comunidades indígenas vinculadas como mano de obra barata para la producción de flores en la sierra norte del Ecuador. Korovkin (2003) ha estudiado con detalle esta vinculación en dos áreas florícolas importantes (Tabacundo en la provincia de Pichincha y San Pablo en la provincia de Imbabura) y demuestra los efectos de esta vinculación: proletarización del excedente de mano de obra, dificultades para cumplir con los intercambios de reciprocidad en el trabajo y erosión de los mecanismos redistributivos de la comunidad. Esta proletarización afecta tanto a hombres como a mujeres, lo que ha significado cambios importantes en los roles familiares y en uso del tiempo en el hogar.<sup>12</sup> Otro estudio anterior realizado en la zona de Cayambe en la provincia de Pichincha (la zona floricultora más antigua de la sierra) muestra también las dificultades que tienen las comunidades para la práctica de las relaciones solidarias al escasear la mano de obra sobre todo joven que se encuentra sometida a la disciplina del trabajo en las plantaciones de flores y al poco interés de este sector de comuneros para participar en trabajos comunitarios (Mena 1999). El hecho central es que la población joven de las comunidades se encuentra masivamente integrada en el trabajo asalariado, lo que ha generado un impacto en sus prácticas sociales y culturales. Son comuneros puramente ‘nominales’ porque en realidad se trata de un proletariado rural con pautas culturales y de consumo muy alejadas del resto de la comunidad.

La pérdida de importancia del trabajo comunitario no es en todo caso un fenómeno nuevo. La misma migración estacional o temporal ya había minado muchas de las formas de trabajo recíproco que se tornaban inviables al no estar presente en el campo una parte importante de la mano de obra familiar, es decir la población en edad activa. De este modo, los trabajos comunales sólo se tornaban viables en determinadas fases del ciclo de cultivo (cosecha) en donde se entremezclaban con las festividades tradicionales. Las investigaciones más recientes sobre estas áreas florícolas muestran que la participación de los jóvenes trabajadores indígenas en las actividades solidarias de las comunidades ha disminuido, mientras que las autoridades comunitarias tampoco tienen interés en los problemas relacionados con el empleo asalariado. Una situación que muestra las dificultades que tiene una organización indígena tradicional en el procesamiento de un problema que afecta a la vida misma de las comunidades (Korovkin 2003).

Lo nuevo en el medio rural de los Andes del Ecuador es, entonces, la presencia de un proletariado rural de origen indígena. Un fenómeno no procesado ni por las organizaciones indígenas nacionales como la CONAIE (Confederación Nacional de Pueblos Indígenas del Ecuador), ni por las organizaciones más campesinas como la FENOCIN (Federación Nacional de Organizaciones Campesinas e Indígenas). La invisibilidad política de estos trabajadores es sorprendente, especialmente si se tiene en cuenta el predominio de las reivindicaciones étnicas en el movimiento indígena ecuatoriano.

**Los impactos de la migración internacional en las familias campesinas**

El Ecuador es uno de los países de la región de más alto índice de migración internacional.<sup>13</sup> El flujo migratorio se aceleró con la crisis económico-financiera de 1999-2000 y la quiebra progresiva del aparato productivo nacional, al perder com-

petitividad internacional debido a la dolarización de la economía. Este fenómeno tiene actualmente una estratégica importancia económica, pues las divisas provenientes de las remesas que envían los emigrantes constituyen el segundo rubro en importancia después del petróleo.<sup>14</sup>

Si bien no se dispone de estudios actualizados para dimensionar hasta dónde afectó este proceso en el medio rural, lo cierto es que no puede ser calificado como exclusivamente urbano. Así, al menos en la región sur del país, la migración internacional ya afectaba desde la década del 90 a una parte importante de la población rural, especialmente aquella ubicada en los pueblos. Progresivamente también se ha incorporado en este flujo la población rural más dispersa, es decir la población indígena organizada en comunidades.

La reflexión que realizo a continuación se basa en un estudio de 12 comunidades pertenecientes a la TUCAYTA, una Organización de Segundo Grado (OSG) de la Provincia de Cañar, en el sur del Ecuador.<sup>15</sup> Lo interesante de estas comunidades es que hasta el año 2000 todavía se encontraban vinculadas a una estrategia productiva agrícola relativamente exitosa como resultado del apoyo de la Central Ecuatoriana de Servicios Agrícolas (CESA), una ONG nacional que trabajó en la zona desde 1981 y del financiamiento internacional de la Cooperación Técnica Suiza (COSUDE) para la construcción de obras de riego. La dolarización de la economía y la falta de políticas de apoyo a los pequeños productores, condujeron a la inviabilidad de la estrategia campesina, centrada en la producción de tomate de invernadero, papas y algunas hortalizas. A principios del 2002, los precios de los principales productos de la canasta básica se habían derrumbado en el mercado nacional, pues no podían competir con precios más baratos de productos similares de los países vecinos (Colombia y Perú), de esta forma, los campesinos perdieron los mercados que con tanto esfuerzo había logrado conquistar en áreas comerciales más dinámicas (Cuenca y Guayaquil).<sup>16</sup>

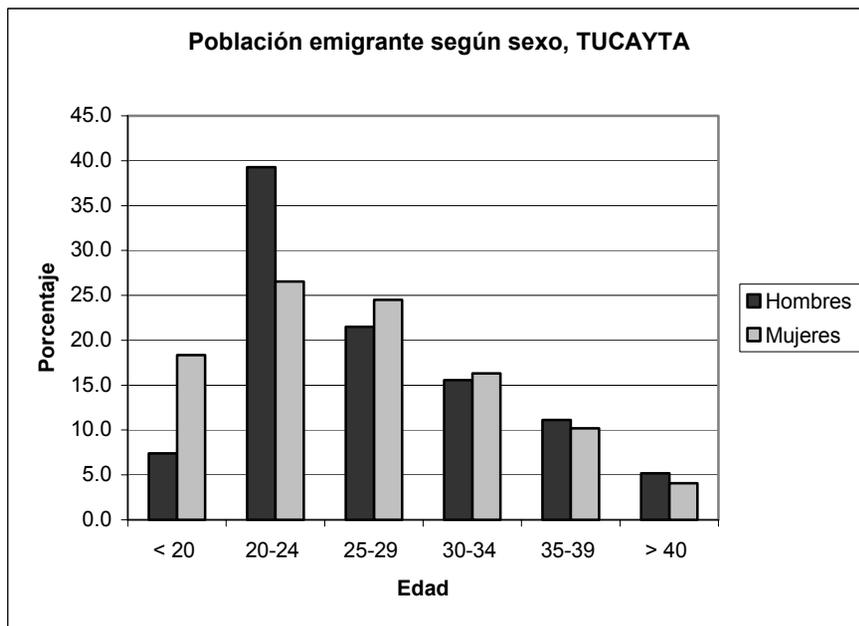
De esta forma, el proyecto de la TUCAYTA, centrado en el manejo del riego, corría el riesgo de tornarse inviable una vez que la actividad agrícola entraba en crisis. Esta crisis se manifestaba en la disminución de la superficie cultivada, especialmente de aquella dedicada a cultivos comerciales, pero también en el abandono de los cultivos dada la pérdida de rentabilidad de la misma agricultura. Muchas familias optaron, entonces, por la migración internacional, con dos destinos predominantes: España y Estados Unidos. Los emigrantes son personas jóvenes mayoritariamente hombres que se endeudan con los intermediarios locales para conseguir los recursos que les permitan concretizar estos largos viajes.<sup>17</sup>

La migración en esta zona es un fenómeno estrechamente vinculado a la crisis económica que afectó al país. Así el 91.3 por ciento de los emigrantes salieron a partir de 1999, es decir justo cuando se produjo la crisis financiera más importante del siglo veinte y que afectó también a los pequeños productores mercantiles de esta zona. La dolarización de la economía fue un segundo elemento que impulsó aún con más fuerza el flujo migratorio, pues el 72.3 por ciento de los campesinos salió a partir del 2000, año en que empezó el proceso dolarizador de la economía.<sup>18</sup> Esta estrecha correlación entre crisis económica y abandono del campo afecta entonces no solamente a la población urbana sino también a la población rural, incluso la indígena.

Los efectos negativos de la migración en el contexto de estas comunidades afectan a varios ámbitos de la vida familiar, comunal y supracomunal. La migración interna e internacional tiene efectos importantes en la crisis de las relaciones

solidarias en las comunidades. Como varios estudios lo anotan,<sup>19</sup> las familias migrantes adoptan un comportamiento más individualista en la medida en que disponen de capital dinero para suplantar las obligaciones de reciprocidad comuneras que han disminuido significativamente, puesto que la misma agricultura ya no necesita mucha mano de obra. Así por ejemplo, la construcción de casas ya no depende de la minga, el aporte en trabajo de las mingas es suplantado por peones asalariados, la colaboración en proyectos colectivos ha decaído y la población adopta patrones de comportamiento más urbanos

Gráfico 1.



Fuente: Encuesta a comunidades de la TUCAYTA, 2002

El fenómeno migratorio no afecta por igual a todas las comunidades, pero aunque no es un fenómeno masivo entre las familias, llega a representar en esta zona el 26 por ciento de la PEA. Los datos muestran que afecta principalmente a la población masculina (73.4 por ciento) y a la población comunera más joven (hasta los 30 años). No obstante, es importante señalar que la migración ligeramente superior de las mujeres en los grupos de edad entre 25 y 34 años afectaría la estabilidad de las familias, en la medida en que se trata de una edad en que las mujeres ya están casadas. La migración está concentrada en 4 comunidades (Quilloag, La Posta, Cuchucun y San Rafael) que representan el 71.1 por ciento de los emigrantes del sector, mientras en las restantes 8 comunidades investigadas se distribuye el restante 28.9 por ciento. Lo interesante es que se concentra en las comunidades más grandes, más cercanas a la ciudad y con mejor nivel de educación. El perfil de un emigrante internacional indígena sería el de un joven, con un nivel básico de educación y que tiene prácticas y experiencias en el mundo urbano local y regional.

Las opciones de inserción productiva de los emigrantes en los países de destino adquieren perfiles diferentes: más diversificada en el caso de Estados Unidos, me-

nos diversificada en el caso de España. Así por ejemplo, en el primer país, el 32.9 por ciento de los emigrantes se encontraba trabajando en la construcción, el 20 por ciento en el comercio, el 12.9 por ciento en la agricultura y el 10.6 por ciento en servicios. En cambio en España, el 43.6 por ciento trabajaba en agricultura (mayormente concentrados en Murcia) y el 22.3 por ciento en comercio.<sup>20</sup> El porcentaje de no respuestas era bastante alto (20.7 por ciento) lo que muestra también que muchos emigrantes todavía no se ubicaban en el mercado de trabajo dado el corto tiempo de permanencia en los países de destino. Así pues, el caso de la migración a España explicaría la vinculación de agricultores en actividades agrícolas, mientras que este patrón no se cumpliría en el caso de EEUU, donde la vinculación en agricultura no es mayoritaria. El patrón de inserción productiva de los emigrantes indígenas era el siguiente: construcción en EEUU y agricultura en España, posiblemente por ello, la migración a este último país se había incrementado notablemente en el último año investigado. La emigración hacia la agricultura de Murcia estaba además facilitada por la temprana llega de emigrantes provenientes de la Provincia de Cañar que habían ya creado importantes redes de inserción en el mercado laboral, lo que les otorgaba incluso ‘cierta identidad territorial e identificación regional’ (Pedone 2003).

Una de las primeras manifestaciones de la migración en la zona ha sido la desarticulación de los hogares campesinos. En efecto, se han formado nuevos tipos de familias que anteriormente eran marginales dentro de las comunidades indígenas: familias sin uno de los padres, familias sin padres, familias compuestas por abuelos y nietos, etc. De hecho, estas familias aunque dispongan de ingresos vía remesas, tienen muchas dificultades en la convivencia diaria y en el proceso de educación de los niños, dados los choques generacionales y la ausencia del jefe del hogar. Es probable que haya crecido la jefatura femenina del hogar y también las tareas asignadas a las mujeres en la medida en que migran en menor medida.

La caída de la producción agrícola afecta mayormente a los hogares de familias con emigrantes, muchos de los cuales ya no son usuarios del riego, pues ya no cultivan la parcela o la cultivan muy poco con el trabajo de la mujer. Muchas mujeres se encuentran al frente de la parcela, pero debido a las actuales dificultades económicas tampoco pueden cultivar sus lotes. La tendencia predominante entre las familias es abandonar la agricultura y refugiarse en la ganadería (mayor y menor) en pequeña escala. Las mujeres asumen estas tareas así como otras nuevas (comercio en pequeña escala). Existe el riesgo de la pérdida de la propiedad de la parcela, debido al alto nivel de endeudamiento para la migración con los ‘chulqueros’ (prestamistas) locales. Otras familias venden sus parcelas con lo cual se desligan definitivamente de sus comunidades. Es probable que se esté generando un proceso lento de diferenciación social entre las familias comuneras, entre los que se quedan y los que se van.

Uno de los indicadores de que no hay ninguna relación entre migración y actividades agrícolas es el destino de las remesas de los emigrantes. Así por ejemplo, en esta área, las remesas se utilizan para la construcción de casas y la compra de electrodomésticos.<sup>21</sup> Lo sorprendente es que se construyen casas de tipo urbano, más parecidas a las de un barrio residencial de la ciudad de Cañar o de Cuenca que a una casa campesina. Se trata de un consumo suntuario completamente desligado de la economía campesina que busca establecer nuevas normas de prestigio entre los comuneros, para indicar el éxito alcanzado a través de la migración.

Pero el efecto más sentido a nivel de la organización de segundo grado ha sido

el proceso de ‘descapitalización cultural’ generado por la migración de los dirigentes jóvenes de las comunidades. Se trata de la pérdida del importante capital humano que se fue conformando desde los años 80 a través de un lento proceso de capacitación de líderes y promotores indígenas en la experiencia del riego. De esta manera, actualmente la organización no dispone de cuadros capacitados para asumir las tareas del manejo del riego en estas comunidades, un déficit que llevará tiempo en ser superado.

Así pues, un capital social que se había construido laboriosamente a lo largo de 20 años, ha entrado en crisis en menos de 2 años, debido principalmente a factores económicos externos a la organización y sobre todo a los nefastos efectos de las políticas neoliberales y la falta de políticas agrarias dirigidas para los campesinos. El mercado se ha encargado rápidamente de demostrar que estos campesinos no eran competitivos y que sólo su mano de obra tenía alguna ventaja comparativa en el mercado mundial.

Estas comunidades han entrado en una nueva lógica económica en donde las remesas se convierten en el punto dinámico que al no revertirse productivamente en las familias han generado el consumo de bienes suntuarios cuya expresión más clara es la construcción de casas de tipo urbano. Frente a la poca viabilidad de la agricultura campesina y al riesgo de invertir en las parcelas, el dinero de las remesas es invertido en la construcción, como la única forma de conservar un activo sin correr demasiado peligro en una época tan incierta.

En la medida en que muchas familias de migrantes de hecho no van a regresar a las comunidades de origen, se estarían creando las condiciones para la formación de ‘comunidades transnacionales’ (Portes 2002; Kearney 1996), fenómeno bastante nuevo en el país y que requiere ser procesado por las organizaciones rurales así como por las indígenas a nivel regional y nacional.<sup>22</sup> Las remesas podrían tener otro destino, más vinculado con las actividades productivas locales y no sólo con el consumo familiar, pero para ello hay que crear las condiciones locales productivas que no dependen únicamente de las iniciativas de las familias o de los productores sino principalmente del contexto macroeconómico y de las políticas sectoriales que por el momento no favorece estas alternativas. Las remesas, además de satisfacer el consumo no productivo de las familias y pagar las deudas del viaje, no tienen otro destino social que el que le asignan las familias.<sup>23</sup>

### **Las alternativas en el marco de la globalización**

La perspectiva presentada en este trabajo es que la economía campesina ha sufrido un tremendo golpe con la implementación de dos décadas de políticas de ajuste que ha removido las bases mismas de su reproducción. Ahora, hay que repensar el problema campesino en un contexto más amplio que rebase la visión estrictamente local y rural. Desde esta perspectiva, De Janvry y Sadoulet (2000, 8), por ejemplo, plantean cuatro alternativas o caminos para salir de la pobreza: el de la emigración, el agrícola, el de la pluriactividad y el asistencial. El agrícola sólo sería aplicable para aquellos campesinos poseedores de ‘capital natural’ que puede ser utilizado eficientemente en el contexto del mercado, tarea que ha sido abordada con muy poco éxito por los proyectos de Desarrollo Rural Integral (DRI) en la década de los noventa. Los otros dos caminos, la migración y la pluriactividad de hecho ya han sido emprendidos por los productores pobres rurales, pero no han sido objeto de políticas específicas por parte del Estado. El último camino, en verdad no es un

camino sino una política disfrazada de ‘caridad’, técnicamente denominada como ‘bono de la pobreza’, para mantener a los pobres en el campo y de esta manera evitar que migren masivamente a la ciudad.

Estas alternativas suponen que todo sigue igual y que lo que se requiere es la implementación de algunas políticas macroeconómicas favorables a los campesinos y de un papel ‘proactivo’ por parte del Estado. Se apuesta de esta forma a la descentralización como una nueva forma de crear una mínima institucionalidad rural una vez que se la ha desarmado con las políticas de privatización. Todo este planteamiento se concretiza en una nueva generación de proyectos de desarrollo (como el Proyecto de Reducción de la Pobreza y de Desarrollo Rural Local, PROLOCAL en el caso ecuatoriano), con énfasis en el capital social, humano y en las ventajas del micro crédito rural. Toda una reingeniería social en beneficio supuestamente de los pobres rurales.

Se apuesta también a la potencialidad de las organizaciones campesinas (conceptualizadas un poco mecánicamente como capital social) que tendrían todas las virtudes para cambiar el escenario rural: desde crear empresas colectivas hasta administrar el poder a nivel rural (Carroll 2002). Estaríamos, desde esta perspectiva en presencia de una verdadera revolución dentro del capitalismo en una fase en donde la ortodoxia de mercado triunfa en todos lados. Es bastante difícil creer que la lógica del mercado deje espacios para un ‘empoderamiento social’ a no ser que éste sea meramente decorativo pero tremendamente funcional para amortiguar los conflictos sociales que se generan en el medio rural.

No obstante, frente a este ‘optimismo de mercado’, es necesario estar más atentos a mirar cuáles son las mismas iniciativas de los productores rurales. Habría que acompañar y no ‘diseñar su camino’, lo que requiere disponer de un análisis más sólido sobre sus recursos, la dinámica del cambio y los conflictos que acarrea este proceso. El predominio del capital económico en manos de una clase de empresarios con rasgos de mentalidad terrateniente,<sup>24</sup> impone sus condiciones frente a campesinos y trabajadores rurales que a duras penas tienen un poco capital natural y un desigual capital social. El desafío consiste en cómo dotar de capital económico a estos productores para que mejore su posición social y puedan disputar en determinados espacios sociales la dominación ejercida por los actuales poseedores de capital económico y político, de lo contrario, se podría crear peligrosos espejismos en un medio rural altamente diversificado, en donde salvo contadas excepciones no encontramos espacios económicos ni sociales homogéneos.

A pesar de que, por ejemplo, en el caso ecuatoriano, algunos municipios se encuentran en manos de alcaldes indígenas que han desarrollado importante iniciativas organizativas y participativas entre la población local, enfrentan una situación real de descapitalización económica, de tal forma que en definitiva ‘administran la pobreza’, dado que el capital económico sale fuera de la región o simplemente se articula con intereses extra-regionales ubicados en las ciudades importantes. No basta en este caso el capital social adquirido, ni los importantes niveles de participación en la elaboración de los Planes de Desarrollo Local, si finalmente en el campo social donde los diversos actores intervienen, el capital económico se articula con otros intereses (de clase) extra-regionales y fluyen fuera del ámbito local.

Conocer bien la dinámica de los campos sociales (Bourdieu 1995) donde existen conflictos, luchas por adquirir más capital entre los actores centrales que buscarán mantener o incrementar los diversos tipos de capital (económico, cultural, social, financiero) movilidad de clases, etc., es tan o más importante y necesario que

conocer las estrategias diseñadas desde los países centrales para controlar el manejo del sistema alimentario mundial. De este modo, una de las herramientas para poder intervenir en el mercado en una forma no ‘desestructurante’ es la construcción de los espacios locales desde una perspectiva de recuperación de las estrategias de los productores rurales y especialmente la valorización de los recursos endógenos (Sarraceno 1999). Así por ejemplo, uno de los desafíos no abordados por los proyectos de desarrollo rural en relación con los pobres rurales es el empleo rural. Si no se mejora el empleo rural, simplemente no hay posibilidades de contener el flujo migratorio nacional e internacional. Pero mejorar el empleo significa en una primera instancia dotar de recursos a los campesinos (principalmente tierra) y no dejarlos al vaivén de las leyes del mercado sin antes impulsar una política agraria que busque un rol productivo protagónico y no pasivo en el mercado.

Pero el empleo rural ya no pasa únicamente por la variable agropecuaria, pues como lo hemos señalado, los pobres a lo más son agricultores a tiempo parcial. Existen un sinnúmero de actividades que deben ser reactivadas en el medio rural: artesanía, comercio, servicios, turismo rural, en las cuales puede insertarse la población con menos recursos, porque dispone de tiempo, habilidades y técnicas para ello. La transformación del campesino andino en un trabajador ‘pluriactivo’ es sin duda el actual camino que habría que apoyar para los pobres, en lugar de la alternativa migratoria que de hecho ha favorecido las estrategias económicas de gobiernos como el ecuatoriano que se ha beneficiado del envío masivo de las remesas.

Es indudable que estos esfuerzos desde lo local, tienen una seria limitación cuando se ha apolillado la política del Estado y empieza a predominar las directrices que provienen desde la lógica del comercio mundial. El ejemplo de México está a la vista, en donde la apertura comercial concretizada en el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), ha perjudicado a los campesinos, a la producción para el mercado interno y al empleo rural. No sólo que se desbastó la economía campesina sino que no hay donde colocar a la mano de obra excedentaria, ni en el mercado interno ni tampoco en los Estados Unidos, donde las restricciones para impedir la masiva migración son cada vez mayores (Bartra 2003).<sup>25</sup> El Ecuador va por el mismo camino, con la desventaja de que nuestra economía se encuentra desmantelada y en crisis como efecto de la dolarización. La pregunta que induce a dar una respuesta urgente es: ¿Dónde ubicar a la masa de ex-campesinos que el modelo generará en las próximas décadas?

Una forma más efectiva de enfrentar las amenazas desestructurantes de la globalización es el fortalecimiento de los territorios rurales, para lo cual se requiere un análisis de la dinámica del ‘campo social’, el impulso a la diversificación de las actividades locales y el apoyo a las iniciativas de los productores. Un nuevo enfoque sin duda sobre el ‘qué hacer’ en el medio rural, pensando en los pobres como los actores centrales del proceso de desarrollo y no solamente como mano de obra barata para el mercado nacional e internacional, tal como parece cumplirse en el caso ecuatoriano.

\* \* \*

**Luciano Martínez Valle** es Sociólogo, profesor-investigador de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO-Sede Ecuador. Ha publicado recientemente, *Economía Política de las Comunidades Indígenas*, Abya-Yala, Quito, 2002 y ‘Endogenous Peasant Responses to Structural Adjustment: Ecuador in

Comparative Andean Perspective”, en: Liisa North and John D. Cameron (eds) *Rural Progress, Rural Decay*, Kumarian Press, 2003. <lmartinez@flacso.org.ec>

## Notas

1. La progresiva disminución del peso de la población rural en el caso ecuatoriano es muy clara: según el VI Censo de Población y V de Vivienda, pasó de 49 por ciento en 1982 a 39 por ciento en el 2001. SICA, INEC, MAG, III Censo Nacional Agropecuario, Resultados Nacionales y Provinciales, Vol. 1.
2. De hecho, Berger (1996, 228-9) se refiere al término ‘sobreviviente’, para referirse a los campesinos que se quedaron vinculados al trabajo, en oposición a aquellos que murieron jóvenes, que migraron o que se empobrecieron.
3. Aquí, se destaca una diferencia radical respecto a procesos hereditarios presentes en las sociedades europeas, donde el estatuto de ‘heredero’ explica en gran medida las posibilidades de migración e inclusive del celibato. (Bourdieu 1989).
4. Algunos diseños agronómicos, como por ejemplo, los ‘sistemas de producción’, también se basan en el presupuesto de la existencia de la ‘unidad de producción’ por muy pequeña que ésta sea, desconociendo el hecho de que ya ha cambiado de función: de una base productiva a una base meramente residencial.
5. La Ley de Desarrollo Agropecuario de 1994, a pesar de que contó con la participación activa de representantes indígenas, marcó el inicio de un progresivo retiro del Estado del sector agropecuario y la implementación de políticas aperturistas y privatizadoras en el medio rural. Pero el mayor éxito sin duda fue la eliminación de la legislación agraria de toda referencia respecto a la reforma agraria.
6. Ciertos esfuerzos fueron realizados por la Iglesia Católica a través del Fondo Ecuatoriano Populorum Progressio (FEPP) bajo la modalidad de compra de ‘deuda externa’. En total este programa llegó a comprar entre 1977-1996 unas 409.362 hectáreas, beneficiando a unas 10.935 familias (Chiriboga 1999).
7. Especialmente el ‘prestamanos’ o intercambio de mano de obra entre familias y la ‘minga’ o trabajo colectivo de la comunidad para obras de beneficio social.
8. Esta tendencia no puede decirse que se da solo en el Ecuador, sino a nivel de Latinoamérica e incluso de Asia y Africa. (Bryceson 2000).
9. Así por ejemplo, en el caso de los productores indígenas de la OSG ‘TUCAYTA’ (en idioma quechua, Tucuy Cañar Aillucunapc Tatanacuy) en la Provincia de Cañar al sur del Ecuador, las relaciones de reciprocidad y de solidaridad no eran las más frecuentes. Entre una muestra de familias investigadas en 2002, el prestamanos se practicaba ‘rara vez’ para el 63.3 por ciento, mientras que para el 83.7 por ciento no practicaban el intercambio de productos. La cooperación como práctica de los comuneros había disminuido para el 51.0 por ciento de las familias (Martínez 2002b).
10. Este es el caso de los invernaderos de tomate de la TUCAYTA que hasta el 2000 tuvo mucho éxito en esta línea de cultivos. (Martínez 2002b).
11. En esta línea existen críticas importantes al interés por ejemplo del Banco Mundial en el impulso al capital social (Fine 2001). El impulso para la creación de OSG, también provino desde los Organismo No Gubernamentales de Desarrollo. Algunos autores, establecen incluso una relación de causalidad entre presencia de ONG y ‘densidad organizativa’ (Breton 2001, 252).
12. Según un estudio realizado en Cotacachi y Cayambe, las mujeres trabajarían un promedio de 10.5 horas por día, mientras los hombres 8.5 horas por día (Newman 2002, 383).
13. En Estados Unidos se calcula la presencia de 361.559 ecuatorianos, mientras en España existirían 366.000 personas de las cuales 150.000 en situación irregular. *El Comercio*, 27 diciembre 2002.
14. En el caso ecuatoriano, el gobierno está muy cómodo con la alternativa migratoria, porque de hecho ha solucionado coyunturalmente dos problemas: una disminución de la tasa de desempleo y la captación de remesas desde el exterior. De acuerdo a datos del Banco Central del Ecuador, el desempleo ha disminuido del 16.8 por ciento en el 2000 a 9.3 por ciento en el 2003; las remesas captadas en el 2002, llegaron a US\$ 1432 millones, convirtiéndose desde entonces, en el segundo rubro de ingreso de divisas al país (ILDIS 2003).
15. La investigación se realizó en los meses de julio y agosto de 2002 sobre una muestra de 184 familias con una población total de 1304 personas. Las encuestas se aplicaron a cada familia con el apoyo de encuestadores locales indígenas.
16. Los invernaderos de tomate no resistieron los fuertes vientos de la zona y el quintal de papa se vendía a principios del 2001 a US\$ 1 cuando en realidad el precio de un quintal llegaba a los US\$ 6

- (<http://www.sica.gov.ec>).
17. De acuerdo a Walmsley (2001) y Jokish (2001), un viaje a los Estados Unidos costaba US\$ 9.000 en 1999.
  18. La dolarización en el Ecuador empezó en 1999 y ha afectado duramente al aparato productivo nacional que no puede competir en el contexto regional ni en la producción industrial, peor en la agropecuaria (Larrea 2004).
  19. La *Revista Ecuador Debate* N° 54 recoge varios estudios actuales sobre la migración internacional del Ecuador. CAAP, diciembre, 2001.
  20. De acuerdo a informaciones de prensa, los trabajadores ecuatorianos clandestinos en Murcia llegarían a 20.000 de un total de 150.000 en España. En el trabajo agrícola llegan a ganar 2.41 euros la hora (Bell 2003, 6).
  21. El efecto 'construcción', también es destacado por Walmsley (2001) en su estudio sobre el caso de Zhigzhiquin en la Provincia de Cañar.
  22. Kearney (1996), desde un punto de vista postmoderno, analiza el impacto de la migración internacional y la vinculación con la agricultura transnacional en los países centrales como elementos claves de la necesaria reconceptualización del campesinado. Este autor llega a plantear la sustitución de campesino por el concepto 'polybian' una especie de trabajador 'camaleón' en el mercado nacional y mundial.
  23. No obstante, existe interés por parte de la TUCAYTA para orientar las remesas hacia el fortalecimiento del pequeño crédito rural.
  24. Se trata de empresarios que todavía concentran su poder en el acceso a grandes extensiones de tierra antes que en las inversiones de capital.
  25. Se calcula que 8 de cada 10 trabajadores en la agricultura de Estados Unidos son de origen mexicano (Bartra 2003).

## Bibliografía

- Bartra, A. (2003) 'Los derechos del que migra y el derecho de no migrar dislocados', *La Jornada, Sin fronteras*, jueves 2 de enero.
- Bell, N. (2003) 'L'Europe organise la clandestinité', *Le Monde Diplomatique*, avril.
- Berger, J. (1996) 'Épilogue historique', *La Cocadrille*. Paris: Points.
- Bourdieu, P. (1989) 'Reproduction interdite. La dimension symbolique de la domination économique', *Études Rurales*, janvier-juin.
- (2000) *Les structures sociales de l'économie*. Paris: Éditions du Seuil.
- Bourdieu, P. y L. Wacquant (1995) *Respuestas por una antropología reflexiva*. México: Editorial Grijalbo.
- Bretón, V. (2001) *Cooperación al desarrollo y demandas étnicas en los Andes ecuatorianos*. Quito: FLACSO-Universitat de Lleida.
- Bryceson, D. F. (2000) 'Disappearing Peasantries? Rural Labour Redundancy in the Neo-liberal Era and Beyond', en: D. Bryceson, C. Kay, J. Mooij, *Disappearing Peasantries?, Rural Labour in Africa, Asia and Latin America*. London: Intermediate Technology Publications.
- Cameron, J. (2001) 'Local Democracy in Rural Latin America: Lesson from Ecuador', *LASA*, September.
- Carroll, T. F. (2002) (ed.) *Construyendo Capacidades Colectivas. Fortalecimiento organizativo de las federaciones campesinas-indígenas en la sierra ecuatoriana*. Quito: The World Bank Group-Oxfam-Heifer.
- Chiriboga, M. y colaboradores (1999) *Cambiar se puede. Experiencias del FEPP en el desarrollo rural del Ecuador*. Quito: FEPP/Abya Yala.
- De Janvry, A. y E. Sadoulet (2000) 'Cómo transformar en un buen negocio la inversión en el campesinado pobre: nuevas perspectivas de desarrollo rural en América Latina. New Orleans: BID, 24 de marzo.
- Fine, B. (2001) *Social Capital versus Social Theory. Political economy and Social Science at the Turn of the Millennium*, London: Routledge.
- ILDIS (2003) Análisis de Coyuntura Económica del 2003, Quito.
- Jokisch, B. D. (2001) 'Desde Nueva York a Madrid: tendencias en la migración ecuatoriana', *Ecuador Debate*, N° 54, diciembre.
- Kay, C. (1995) 'El desarrollo excluyente y desigual en la América Latina Rural', *Nueva Sociedad*, N° 137, mayo-junio.
- (2000) 'Reforma agraria, industrialización y desarrollo: ¿Porqué Asia Oriental superó a América Latina?', *Debate Agrario*, N° 34.

- Kearney, M. (1996). *Reconceptualizing the Peasantry: Anthropology in Global Perspective*. Boulder: Westview Press.
- Korovkin, T. (2003) 'Desarticulación social y tensiones latentes en las áreas florícolas de la Sierra ecuatoriana', *Ecuador Debate*, N° 58, abril.
- Larrea, C. (2004) *Pobreza, dolarización y crisis*. Quito: Abya Yala.
- Martínez, L. (1994) *Los campesinos-artesanos en la Sierra Central: el caso Tungurahua*. Quito: CAAP.
- (1999) 'La nueva ruralidad en el Ecuador'. *ICONOS*, N° 8, junio-agosto.
- (2002a) *Economía Política de las comunidades indígenas*. Quito: Abya Yala, 2<sup>da</sup>, edición.
- (2002b) 'El capital social en la TUCAYTA', en: T. F. Carroll (ed.) *Construyendo capacidades colectivas*. Quito: The World Bank Group-Oxfam-Heifer.
- (2003a) 'Endogenous Peasant Responses to Structural Adjustment: Ecuador in Comparative Andean Perspective', en: L. North and John D. Cameron (eds) *Rural Progress, Rural Decay*. Bloomfield: Kumarian Press, Inc.
- (2003b) 'Capital social y desarrollo rural', *ICONOS*, N° 16, mayo.
- Mena, N. (1999) *Impacto de la floricultura en los campesinos de Cayambe*, Cayambe: IEDECA
- Newman, C. (2002) 'Gender, Time Use, and Change: the Impact of the Cut Flower Industry in Ecuador', *The World Bank Economic Review*, Vol, 16, N° 3.
- Pedone, C. (2003) Queríamos fuerza de trabajo y llegaron personas: Diversificación de las cadenas migratorias ecuatorianas hacia el mercado de trabajo agrícola de Murcia, España. Ponencia presentada al IV Congreso Latinoamericano de Sociología del Trabajo, La Habana, 9-12 de septiembre.
- Petras, J. and H. Veltmeyer (2003) 'The Peasantry and the State in Latin America: A Troubled Past, and Uncertain Future', en: Tom Brass (ed.) *Latin American Peasants*. London: Frank Cass.
- Portes, A. (2002) 'La sociología en el hemisferio. Hacia una nueva agenda conceptual', *Nueva Sociedad*, 178, marzo-abril.
- SICA, Servicio de Información y Censo Agropecuario del Ministerio de Agricultura y Ganadería del Ecuador, III Censo Nacional Agropecuario, 2001.
- Sarraceno, E. (1999) 'Crear empleos en el medio rural', *LEADER Magazine*, N° 20, primavera.
- Shanin, T. (1983) *La clase incómoda*. Madrid: Alianza universidad
- Tepicht, J. (1984) 'Las complejidades de la economía campesina', *Investigación Económica*, Vol. 43, N° 167, enero-marzo.
- Vega, M. D. (2002) 'La pulverización de la tierra: El minifundio en Licto, Provincia de Chimborazo', *Ecuador Debate*, N° 55, abril.
- Walmsley, E. (2001) 'Transformando los pueblos: la migración internacional y el impacto social al nivel comunitario', *Ecuador Debate*, N° 54, diciembre.